

ESCRIBO como quien se despista mirando por la ventana. Huyendo del tiempo, acompasando un espacio otro, me dejo deletrear por la copa bailarina de un pino. Aquello que no se ve respira en la escritura. Diríase que vienen, de golpe, memorias de una época pasada: un hospital, camillas sobre las que descansan mujeres ancianas celebrando la visita de un hijo. El aire es pesado. El alimento austero se ofrece en delicadas porciones. Los cuerpos enfermos no soportan la totalidad del mundo. Esta escritura me lleva al roce de una mano. Su tacto permanece. No se quiebra. Es mi madre quien mira de reojo mi camisa. Detalla algunos dobleces innecesarios. Me pregunta qué haré mañana. No lo sé. Nunca sé bien nada cuando descubro en sus ojos la cercanía de la muerte.

Las biografías de gentes anónimas abundan en diminutos detalles.

Subrayo la palabra *diminutos* porque son asuntos del viento. Se precisan en un saber de la escucha. Solicitan una atención cercana a la indulgencia. Permanecen inmutables hasta que un oído las incita a sonar como una campana o un cascabel. Luego empiezan a decir en un murmullo pausado y fraterno.

La lentitud, amén de los rostros callados, guarda una narrativa íntima, secreta.

Acerco el oído al vientre de mi madre. Algo pateo. Escucho la frecuencia de aquellos movimientos que, sin saberlo, llegarán a ser la sombra hermana que no permitirá en mí el abandono entre las cosas.

Practicó, de joven, el oficio artesanal de la costura. Tejido tras tejido iba rehaciendo una casa interior. Eran ágiles las manos. Trenzaban el hilo con maestría, soltaban la madeja, hilaban formas rectas y circulares. Su padre curtía el cuero entre aromas vegetales y días fatigosos. No tenía el mundo una gran historia. Bajo los tejados de una vieja casona, el perfil de la vida era mirado con ojos de inocencia.

Cuánta mansedumbre en el afecto de las lágrimas.

Las manos tejedoras de mi madre urdían la música de las caricias. Era joven. El cabello negro, finamente peinado, descansaba sobre los hombros. No se detenían sus manos –jamás lo hicieron–. Tejer, hilar y bordar eran su forma de escribir. No eran necesarias las palabras. En el silencio la templanza del trabajo antes del anochecer.

Las ambiciones de la infancia no se orientaban más que a una larga y paciente espera. Sin saber muy bien de ese algo convertido en anhelo y en deseo, los dedos juguetones se apretaban entre sí. Acaso sospechaban la llegada de un objeto convertido en fiesta.

Quien escribe sólo puede ser testigo de las pérdidas. Entre muchas elecciones posibles, escribir es, tal vez, una renuncia necesaria ante lo que se posee. El habla donde se mastican las palabras queda reducida a un quejido. Escribir supone un mirar más que un decir. Forma precisa en la que una vida desperdigada empieza a pertenecer desde su natalidad.

La urgencia y el desespero asisten, oportunos, al lugar donde duran las palabras. Lo que persiste no es ningún deleite, sino, más bien, la ternura de una inequívoca desaparición. No hay escritura que no sea heredera de la incerti-

dumbre y la miseria. No hay que darnos demasiada importancia.

El primer aprendizaje: la siembra.

Detrás de la casa de campo, en un jardín abandonado sobre el que ondulaban las ramas de los eucaliptos, el huerto que iba arando mi madre fue la raíz de un conocimiento nuevo: el esfuerzo por perdurar. El asombro residía en el cultivo del tubérculo y del fruto carnoso. La espera era también inquietud. ¿Qué es aquello que nace, brota y rompe su propio cascarón? ¿Acaso la vida se conserva en un grano que, tocado por la tierra húmeda, respira en la envoltura de su propia niñez? De la infancia del fruto intentaba sujetar aquella cobardía mía. Las noches propicias y la lluvia adosaban la tierra fértil. Ante los ojos de un niño, en curioso vértigo, el brote verde anunciaba la natalidad de una forma fría y escuálida. Todos nacemos respirando a medias en la orilla, con la dermis arrugada y sin distinción en el mirar. Ante el primer sol vamos despertando del sopor materno, en el que, como si existiera un pacto con la vida, no habría envejecimiento ni deseos ni fatigas. Cuando palpamos la tierra y el aire, las palabras iniciales que se nos dice, de una manera secreta y definitiva, son fragilidad y ternura.